

— ¡Ah! murmuró Charny, ¡qué hermosa parece ahora!

La reina lo oyó y se estremeció.

— Creo que me estará mejor morir que seguir viviendo, dijo la reina mirándole.

En este mismo momento se oía debajo de las ventanas del palacio el tambor de la guardia nacional.

Gilberto entró con precipitación.

— Señor, dijo al rey, V. M. no tiene nada que temer; Lafayette está abajo.

El rey no quería á Lafayette, pero se contentaba con no quererle.

Por el contrario, la reina le odiaba abiertamente y no ocultaba su odio.

De aquí resultó que la noticia que Gilberto creía que era la mejor que se podía dar en aquellas circunstancias, no obtuvo contestación ninguna.

Pero Gilberto no era hombre que se intimidase por el silencio real, y con voz resuelta se dirigió al rey y le preguntó:

— ¿Me ha oído V. M. que Mr. de Lafayette está abajo y espera vuestras órdenes?

La reina continuó sin decir palabra.

El rey hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y dijo:

— Que se le den las gracias y se le invite de mi parte que suba.

Un oficial salió á anunciar la orden del rey.

La reina dió tres pasos atrás como para marcharse; pero por un movimiento casi imperativo del rey se detuvo.

Los cortesanos se dividieron en dos grupos: Charny y Gilberto se pusieron detrás del rey.

Los demás se colocaron detrás de la reina. Se oyeron pasos y Lafayette se presentó en la puerta.

En medio del silencio que causó su vista, del grupo de la reina salieron estas voces:

— ¡Ahí está Cromwell!

Lafayette se sonrió y contestó:

— Cromwell no se presentó solo á Carlos I.

Luis XVI volvió sus ojos hácia aquellos terribles amigos que convertían en enemigo suyo al hombre que había volado á su socorro.

Después, dirigiéndose á Charny, le dijo:

— Conde, me quedo. Estando aquí Mr. de Lafayette, no tengo nada que temer. Mandad á las tropas que se retiren á Rambouillet. La guardia nacional dará el servicio del exterior del palacio, y los guardias de corps el interior.

Y volviéndose hácia Lafayette, le dijo:

— Venid, general; tengo que hablar con vos.

Y como Gilberto tratase de retirarse, añadió:

— No estareis de más, doctor; venid.

E indicando el camino á Lafayette y á Gilberto, entró en un gabinete, al que le siguieron los dos.

Cuando se cerró la puerta, dijo la reina:

— Hoy se podía huir: acaso mañana será ya tarde.

Y se marchó á su habitación.

Una llamarada como la de un gran fuego iluminaba los cristales de palacio, y la producía una gran hoguera, donde se estaban asando los trozos del caballo muerto.

CAPITULO LI

La noche del 5 al 6.

La noche fué bastante tranquila. La Asamblea se mantuvo en sesión permanente hasta las tres de la madrugada.

A esta hora y antes de que los miembros de ella se separasen, envió dos de sus mujeres, que recorrieron todo Versalles, visitaron las cercanías del palacio y dieron vuelta á los jardines.

Todo estaba, ó parecía al menos estar tranquilo.

La reina había procurado salir á las doce de la noche por la verja de Trianon; pero la guardia nacional la había impedido el paso.

Esta habia alegado temores, diciéndola que estaba mas segura en Versalles que en cualquiera otra parte.

Por lo tanto la reina se retiró á su cuarto, y con efecto habia logrado tranquilizarse viéndose protegida por sus mas fieles guardias.

A su puerta encontró á Jorge de Charny. Estaba armado y apoyado en la carabina que llevaban los guardias, así como los dragones. Esto era contra el uso ordinario, pues los guardias en el interior de palacio no hacian centinela mas que con sus sables.

La reina se acercó á Charny.

— ¡ Ah! ¿ aquí estais, baron? le dijo.

— Sí, señora.

— ¿ Siempre fiel?

— ¿ Pues no estoy en mi puesto?

— Y quién os ha colocado aquí.

— Mi hermano, señora.

— ¿ Y donde está vuestro hermano?

— Al lado del rey.

— ¿ Y porqué al lado del rey?

— Porque él es el gefe de la familia, y en calidad de tal, tiene el derecho de morir por el rey que es el gefe del Estado.

— Sí, dijo María Antonieta con una especie de amargura; en tanto que vos solo teneis derecho para morir por la reina.

— Será un señalado honor para mí, señora, contestó el jóven inclinándose, si Dios permite que alguna vez cumpla yo con ese deber.

La reina avanzó un paso para retirarse; pero una sospecha se internó en su corazon.

Se detuvo, y volviendo la cabeza:

— Y la condesa, dijo, ¿ dónde está?

— La condesa, señora, entró hace unos diez minutos, y se ha mandado disponer una cama en la antecámara de V. M.

La reina se mordió los labios.

Bastaba que se tratase de la familia de los Charay, para que no pudiesen nunca caer en falta.

— Gracias, caballero, dijo la reina con un gracioso ademán. Dareis tambien las gracias á vuestro hermano.

Y dichas estas palabras, penetró en su habitacion.

En la antecámara halló á Andrea, no acostada, sino de pie y esperándola respetuosamente.

La reina no pudo ménos de tenderla la mano.

— Acabo de dar las gracias á vuestro cuñado Jorge, la dijo, encargándole que las dé tambien en mi nombre á vuestro esposo, y ahora á mi vez os las doy á vos.

Andrea hizo un profundo saludo y se retiró para dejar paso á la reina que entró en su habitacion.

La reina no la dijo que la siguiera; aquella adhesion en que ella conocia la falta del cariño, y que sin embargo se ofrecia siempre respetuosa á sus ojos, la desagradaba.

Así pues, á las tres, como hemos dicho, todo estaba tranquilo.

Gilberto habia salido del palacio con Mr. de Lafayette, que permaneció doce horas á caballo y que empezaba á fatigarse. A la puerta encontró á Billot que habia llegado con la guardia nacional; habia visto marchar á Gilberto y pensó que podria este necesitarle.

La Asamblea, tranquilizada tambien por los ugieres, se habia retirado.

Y se esperaba que esta tranquilidad no se turbaria.

Pero se esperaba mal.

En casi todos los movimientos populares que preparan las grandes revoluciones, hay un tiempo de tregua durante el cual se cree que todo ha concluido y que se puede dormir tranquilo.

Pero es un error.

Detrás de los hombres que imprimen el primer movimiento, hay otros que esperan á que este primer movimiento se haya verificado, y á que fatigados ó satisfechos en uno ó en otro caso, no queriendo ir mas lejos, descansen los que lo han hecho.

Entónces es cuando á su vez, estos hombres desconocidos, misteriosos agentes de las pasiones fatales, se deslizan en las tinieblas, toman el impulso donde le han aban-

donado sus predecesores y le llevan hasta los extremos límites; dejan aterrados á los mismos que les han abierto el camino y que se han quedado en la mitad de él, creyendo que estaba ya andado y alcanzado el objeto.

Allí hubo una impulsión bien distinta durante aquella noche, dada por dos diferentes cuerpos de tropas que habían llegado á Versalles, uno por la tarde y otro durante la noche.

El primero iba porque tenia hambre y para pedir pan.

El segundo acudia impelido por el odio y pedia venganza.

Ya sabemos quién conducia al primero; Maillard y Lafayette.

Ahora bien; ¿quién mandaba el segundo? La historia se abstiene de nombrar persona alguna; pero á falta de la historia la tradicion señala á Marat.

Ya le conocemos; le hemos visto durante la fiesta del matrimonio de María Antonieta cortando piernas sobre la plaza de Luis XV. Le hemos visto en la plaza del Hotel de Ville impulsando á los ciudadanos hácia la Bastilla.

Por fin, le hemos visto desliziéndose durante la noche como uno de esos lobos que rondan alrededor de los baños, esperando á que el pastor se duerma para empezar su obra sangrienta.

¡ Verriere!

A este le nombraremos por la vez primera. Era un deforme enano, un repugnante jorobado que se movia sobre unas desmesuradas piernas.

A cada tempestad que conmovia el océano de la sociedad, veíase al sangriento pímeo subir con la espuma y agitarse en la superficie: dos ó tres veces en las épocas terribles, se le vió pasar por París sobre un caballo negro, semejante á una figura del Apocalipsis ó á uno de esos diablos nacidos bajo el lapiz de Callot para tentar á San Antonio.

Cierto dia, en un club y subido sobre una mesa, atacó, amenazó y acusó á Danton. Era esto en la época en que empezaba á vacilar la popularidad del hombre del 2 de

setiembre. Ante aquel emponzoñado ataque, Danton conoció que estaba perdido, perdido como el leon que ve á dos dedos de su rostro la horrible cabeza de la serpiente.

Miró á su alrededor para buscar un arma ó un apoyo, y vió casualmente á otro jorobado. Entónces le cogió en brazos y le subió en otra mesa frente á su contrario.

— Amigo mio, le dijo; respondió á ese caballero; os cedo la palabra.

Todo el mundo se echó á reir y Danton se salvó.

Por esta vez al menos.

Eran, pues, los gefes, como la tradicion ha dicho, Marat, Verriere y además el duque de Aiguillon.

El duque de Aiguillon, es decir, uno de los enemigos natos de la reina.

El duque de Aiguillon disfrazado de muger.

¿ Y quién ha dicho esto? Todo el mundo.

El abate Delille y el abate Maury, esos dos curas que se asemejan tan poco.

Al primero de ellos se atribuye este famoso verso:

En homme, c'est un lâche; en femme, un assassin.

« Siendo hombre es un cobarde; muger, un asesino. »

Respecto á Maury, este pensaba de diferente manera.

Quince dias despues de los acontecimientos que vamos refiriendo, el duque de Aiguillon le encontró y quiso reunirse á él.

— Sigue tu camino, puerco, dijo el abate Maury.

Y se alejó magestuosamente del duque.

Ahora bien, se dice que estos tres hombres llegaron á Versalles á eso de las cuatro de la madrugada.

Y que conducian este segundo cuerpo de que hemos hablado.

Este cuerpo se componia de los que se presentan detrás de aquellos que combaten para vencer.

Llegaba para entregarse al saqueo y al asesinato.

En la Bastilla habian tenido lugar de asesinar algo, pero no habian saqueado nada.

Y Versalles ofrecia un magnifico desquite.

A eso de las cinco y media de la mañana el palacio se conmovió en medio de su sueño.

Había sonado un tiro en el patio de mármol.

Quinientos ó seiscientos hombres se agolparon á la verja y la escalaron y forzaron.

Entónces fué cuando el tiro del centinela dió la señal de alarma.

Uno de los sitiadores cayó muerto. Su sangriento cadáver quedó tendido sobre el suelo.

Esta bala cruzó el grupo de asesinos que divisaban ya, unos las alhajas del palacio, otros tal vez la corona del rey.

Separado como bajo el golpe de un hacha, el grupo se divide en dos.

Una parte de él se dirige á la habitacion de la reina, el otro sube á la capilla, es decir, á los cuartos del rey.

Sigamos al peloton que se dirige á la habitacion del rey.

La guardia de este, se componia únicamente en aquel momento del centinela que se hallaba á la puerta y de un oficial que salió precipitadamente de la antecámara armado con una alabarda que pudo arrebatar al portero.

— ¿Quién vive? gritó el centinela ¿quién vive?

Y como no le dieran contestacion.

— ¿Quién vive? gritó por tercera vez?

Y al mismo tiempo se echó el fusil á la cara.

El oficial conoce lo que va á resultar de un tiro en las habitaciones, levanta el fusil del centinela; se precipita delante de los sitiadores y cierra el paso de la escalera con la alabarda.

— ¡ Señores ! ¡ señores ! dice, ¿ qué buscáis aquí ?

— Nada, nada, contestaron muchas voces con acento burlon. Dejadnos pasar; somos amigos de S. M.

— ¡ Amigos de S. M. ! ¿ y vais de ese modo ?

Esta vez la única respuesta fué una risa siniestra y nada mas.

Un hombre se agarra á la alabarda, el oficial se resista y el hombre le muerde la mano.

El oficial arranca el arma de las manos de su adversario, y con ella le parte el cráneo.

Pero á la violencia del golpe, el arma se rompe en dos pedazos.

El oficial tiene entónces dos armas, un puñal y un paño. Hace el molinete con el segundo y en tanto hiere con el primero.

Entretanto el centinela pide auxilio, y acuden cinco ó seis guardias.

— Señores, gritó el centinela, ¡ acudid en auxilio de Mr. de Charny !

Salen los sables de sus vainas, brota la sangre por todas partes y la turba retrocede.

Vuelve á abrirse la puerta de la antecámara y el centinela grita :

— Entrad, señores, el rey lo manda.

Los guardias se aprovechan del momento de confusion que reina en aquella turba, y entran seguidos de Charny, cerrándose tras él la puerta con los cerrojos.

Entónces resonaron furibundos golpes sobre aquella puerta : tras de ella se colocan las mesas, las banquetas, los taburetes, para poder sostenerse diez minutos.

¡ Diez minutos ! durante este tiempo puede llegar un refuerzo.

Veamos ahora lo que sucede en las habitaciones de la reina.

El segundo grupo se dirige allí ; pero la escalera es estrecha, y apenas pueden pasar dos personas de frente por el corredor.

Allí está Jorge de Charny.

Al tercer quién vive, hace fuego.

Al oír esta detonacion, ábrese la puerta de las habitaciones.

Andrea asoma á ella su rostro pálido, pero tranquilo.

— ¿ Qué sucede ? pregunta.

— ¡ Señora ! exclama Jorge, salvad á S. M., pues atentan contra su vida. Estoy solo contra mas de mil ; pero no importa, me sostendré todo el tiempo posible. ¡ Daos prisa !

En seguida, y viendo que los sitiadores se precipitan sobre él, cierra la puerta gritando :

-- ¡Echad el cerrojo! yo viviré aun bastante tiempo para que la reina pueda levantarse y huir.

Y volviéndose en el mismo instante hacia los que atacaban, atraviesa con la bayoneta el pecho de dos de sus adversarios.

La reina, que todo lo habia oido, se hallaba ya de pie; dos de sus doncellas, Mad. Hogue y Mad. Thibaut, la visten apresuradamente.

Y á medio vestir, las doncellas la conducen á la habitacion del rey por un corredor, mientras que, siempre tranquila y como indiferente á su propio peligro, Andrea cierra uno despues de otro todos los cerrojos de las puertas que deja detrás, siguiendo á María Antonieta.

CAPITULO LII

La mañana.

Un hombre estaba esperando á la reina entre el espacio que mediaba entre las dos regias habitaciones.

Este hombre era Charny, que estaba cubierto de sangre.

— ¿Y el rey? exclamó María Antonieta al divisarle.
¡El rey! caballero; ¡me habeis prometido salvar al rey!

— El rey se ha salvado, señora, contestó Charny.

Y dirigiendo su mirada á través de las puertas que la reina habia dejado abiertas para llegar al cuarto en que se encontraban reunidos en aquel momento, la reina, Mad. Real, el delfin y varios guardias, se disponia á preguntar por Andrea, cuando se encontró con las miradas de la reina.

La vista de la reina penetraba harto profundamente el corazon de Charny.

Y el conde no tuvo precision de hablar, pues María Antonieta adivinó su pensamiento.

— Ya viene, dijo, no os alarmeis.

Y en seguida corrió hacia donde se hallaba el delfin, á quien tomó en sus brazos.

Con efecto, Andrea cerraba la última puerta y entraba á su vez en la sala del Ojo de Buey.

Andrea y Charny no cambiaron una sola palabra.

La sonrisa del uno respondió á la del otro y nada mas.

¡Cosa singular! aquellos dos corazones, separados por tanto tiempo, empezaban á sentir palpitaciones que se hallaban en consonancia.

Entretanto la reina dirigió una mirada á su alrededor, y como se alegrase de haber cogido en falta á Charny.

— ¿Y el rey? preguntó, ¿y el rey?

— Os está buscando, señora, y se ha dirigido hacia vuestra habitacion por un corredor, mientras vos veniais por el otro.

En el mismo momento se oyeron grandes gritos en la próxima habitacion.

Este ruido provenia de los asesinos que gritaban :

— ¡Muera la Austriaca! ¡muera la Mesalina! ¡muera la Veto! ¡ahorquémosla!

Y dos balas atravesaron la puerta á diferente altura.

Una de estas balas pasó á pocas líneas de la cabeza del delfin, y fué á hundirse en el friso de la habitacion.

— ¡Oh Dios mio! exclamó la reina cayendo de rodillas, todos vamos á perecer.

Los cinco ó seis guardias, á una señal de Charny, formaron una muralla con sus cuerpos, á la reina y á sus hijos.

En aquel instante apareció el rey con los ojos inundados en lágrimas y amarillento, preguntando á su vez por la reina.

En cuanto la vió se lanzó á sus brazos.

— ¡Vive! ¡vive! exclamó María Antonieta.

— Gracias á él, señora, respondió el rey señalando á Charny; ¡y vos, señora, tambien os habeis salvado!

— Gracias á su hermano, respondió la reina.

— Caballero, dijo Luis XVI al conde, debemos mucho á vuestra familia, demasiado para que podamos pagároslo debidamente.

La reina se encontró con la mirada de Andrea, y volvió á su habitacion ruborizándose.

Pero los golpes de los sitiadores volvan á resonar en la puerta.

— Vamos, señores, dijo Charny; es preciso sostenerse al ménos una hora; siempre pasará una hora antes de que nos maten si nos defendemos bien. De aquí á una hora, no puede ménos de venir algun socorro.

Y diciendo estas palabras, Charny se apoderó de un gran escudo de armas que estaba en un ángulo de la regia habitacion.

Todos siguieron su ejemplo, y en un momento se amontonaron contra la puerta cuantos muebles habia en la sala.

La reina tomó en sus brazos á sus dos hijos y se puso en oracion.

Los niños ahogaron en su pecho sus suspiros y sus lágrimas.

El rey volvió á entrar en el gabinete que lindaba con la sala del Ojo de Buey, á fin de quemar algunos papeles que queria salvar de las manos de los sitiadores.

Estos seguian atacando la puerta con el mayor encarnizamiento. Veíase saltar una tras otra las astillas, ya bajo el golpe de una hacha ó al impulso de una barra.

Por las hendiduras practicadas, las asquerosas picas y las ensangrentadas bayonetas procuraban introducir la muerte en aquella estancia.

Al mismo tiempo las balas se introducian en la dorada techumbre.

Por fin cayó una banqueta de lo alto del escudo de armas, desapareció un cuarteron de la puerta, y en vez de las picas y de las bayonetas, viéronse pasar por aquella abertura brazos ensangrentados y amenazadores.

Los guardias habian ya quemado hasta el último cartucho, y no inútilmente, pues á través de aquella abertura que iba ensanchándose espantosamente, se podia ver el pavimento de la galería sembrado de heridos y de cadáveres.

A los gritos de las mugeres, que creían ya ver entrar la muerte por aquella abertura, el rey volvió.

— Señor, dijo Charny, encerraos con la reina en el cuarto mas retirado; cerrad todas las puertas, colocad dos de nosotros detrás de ellas, y yo pido ser el que guarde la última. Yo respondo de que aun podremos ganar dos horas; han tardado mas de cuarenta minutos en forzar esta.

El rey vacilaba; parecía humillante el huir de aquella manera de habitacion en habitacion y amurallarse de este modo detrás de cada tabique.

Si no hubiera estado á su lado la reina, no hubiera retrocedido un solo paso.

Si la reina no hubiera tenido á sus hijos, se hubiera quedado allí con el rey.

Pero ¡ah! ¡pobres criaturas humanas! Reyes y súbditos tenemos todos en el corazon un camino secreto por el que se escapa el atrevimiento y penetra el terror.

El rey iba por esta misma razon á dar orden para retirarse á la mas lejana habitacion, cuando de pronto los brazos se retiraron, las picas y las bayonetas desaparecieron y dejaron de oirse los gritos y las amenazas.

Hubo un momento de silencio, durante el cual todos permanecieron inmóviles, con el oido atento y conteniendo la respiracion.

Despues se oyó el acompasado paso de una tropa regularizada.

— ¡Es la guardia nacional! gritó Charny.

— ¡Mr. de Charny! ¡Mr. de Charny! gritó una voz en la parte de afuera.

Y al mismo tiempo el conocido rostro de Billot se presentó en la abertura de la puerta.

— Billot, exclamó Charny; ¿sois vos, amigo mio?

— Sí, yo soy; ¿y el rey y la reina, dónde están?

— Están aquí.

— ¿Sanos y salvos?

— Sanos y salvos.

— ¡Alabado sea Dios! Señor Gilberto, Señor Gilberto, por aquí.

Al oír el nombre de Gilberto, el corazón de dos mujeres se estremeció de muy diferente modo.

El de la reina y el de Andrea.

Charny se volvió instintivamente, y vió á la reina y á Andrea que palidecian al escuchar aquel nombre.

Movió tristemente la cabeza y lanzó un suspiro.

— Abrid las puertas, señores, dijo el rey.

Dos guardias de corps se precipitaron, separando los restos de la barricada.

Durante este tiempo se oyó la voz de Lafayette que gritaba:

— Señores de la guardia nacional de París, yo he dado ayer mi palabra de honor de que no se hará daño ninguno á nada de cuanto pertenece al rey. Si dejais que asesinen á sus guardias, me hareis faltar á mi palabra y dejaré de ser digno de llamarme vuestro gefe.

Cuando se abrió la puerta, las dos personas que aparecieron en ella fueron el general Lafayette y Gilberto; á su izquierda y en segundo término, veíase á Billot muy contento por la parte que habia tomado en la salvacion del rey.

Billot era quien habia ido á despertar á Lafayette.

Detrás de Lafayette, de Gilberto y de Billot, veíase al capitán Gondron mandando la compañía del centro de Saint-Felipe du Roule.

Mad. Adelaida fué la primera que se lanzó al encuentro de Lafayette, arrojándole los brazos al cuello llena de reconocimiento y de terror.

— ¡Ah! ¡caballero! ¡vos sois nuestro salvador!

Lafayette se adelantó respetuosamente para entrar en la habitacion; pero un oficial le detuvo.

— Perdonad, caballero; pero decidme antes si teneis derecho para entrar.

— Si no le tiene, dijo el rey tendiendo su mano al general, yo se le doy.

— ¡Viva el rey! ¡viva la reina! gritó Billot.

El rey se volvió.

— Yo conozco esa voz, dijo el rey sonriendo.

— Sois muy bueno, señor, respondió el honrado arrendatario. Sí, es la misma voz que oísteis en el viage de París. ¡Ah! ¡si os hubiéseis quedado allí en vez de venir á Versalles!...

La reina frunció las cejas.

— Sí, dijo, los parisienses son muy buena gente.

— Y bien, caballero, preguntó el rey á Mr. de Lafayette en un tono que queria decir: ¿Qué ereis que debemos hacer?

— Señor, contestó respetuosamente Lafayette, creo que seria muy conveniente que V. M. se asomára al balcon.

El rey interrogó á Gilberto con una mirada.

En seguida se dirigió al balcon sin vacilar, abrió las vidrieras y se presentó en él.

Un grito inmenso, un grito universal resonó en la parte de afuera.

— ¡Viva el rey!

Despues se oyó otro grito.

— ¡Que vaya el rey á París!

Luego, entre estos gritos y cubriéndolos muchas veces varias voces terribles gritaban:

— ¡La reina, la reina!

Todo el mundo se estremeció; palideció Charny, el mismo Gilberto se inmutó.

La reina levantó la cabeza.

Ella, tambien pálida, con los labios contraídos y fruncidas las cejas, se habia colocado junto al balcon al lado de Mad. Real. Delante de la reina estaba el delfin, y sobre la blonda cabellera del niño, su crispada mano parecia una mano de mármol.

— ¡La reina, la reina! prosiguieron gritando aquellas voces formidables.

— El pueblo desea veros, señora, dijo Lafayette.

— ¡Oh! ¡no salgais, madre mia! dijo Mad. Real arrojándose al cuello de María Antonieta.

La reina dirigió una mirada á Lafayette.

— Nada temais, señora, dijo este.

— ¿Yo sola? preguntó la reina.

Lafayette dejó escapar una sonrisa, y con el mayor respeto, con esas distinguidas y galantes maneras que no le abandonaron ni aun en su vejez, separó á los dos niños del lado de su madre y los llevó al balcón.

En seguida, ofreciendo su mano á la reina :

— Dignese V. M. fiarse en mí, dijo; yo respondo de todo. Y condujo á la reina al balcón.

Al ver á María Antonieta, un grito indefinible se elevó de entre aquella multitud, no pudiendo adivinarse si era de amenaza ó de alegría.

Lafayette besó la mano de la reina, y entónces resonaron estrepitosos aplausos por todas partes.

La noble y galante nacion francesa, en ningun caso deja de rendir homenaje á la galantería.

La reina respiró mas libremente.

— ¡Pueblo singular! murmuró.

En seguida, y sin poder contener un estremecimiento.

— ¿Y mis guardias? preguntó; ¿y mis guardias, que me han salvado la vida? ¿nada podeis hacer en su favor?

— Dejadme uno de vuestros guardias, señora, dijo Lafayette.

— ¡Mr. de Charny! ¡Mr. de Charny! exclamó la reina.

Pero Charny dió un paso atrás: habia comprendido lo que iba á hacerse.

No creyéndose culpable, creía que no necesitaba de amnistía.

Andrea por su parte, participaba de su opinion, y habia alargado su mano hácia Charny para detenerle.

Su mano se encontró con la del conde, y aquellas dos manos se estrecharon mutuamente.

La reina lo vió: ¡la reina, que en aquel momento tenia tantas otras cosas que ver!

Sus ojos despidieron llamas; y con la voz alterada por la cólera,

— Caballero, dijo dirigiéndose á otro guardia; venid, yo os lo mando.

El guardia obedeció.

Este no tenia los mismos antecedentes que Charny.

M. de Lafayette conduce al guardia al balcón, coloca en el sombrero de este su misma escarapela tricolor, y le dá un abrazo.

— ¡Viva Lafayette! ¡Vivan los guardias! gritaron cincuenta mil bocas á un mismo tiempo.

Algunas voces intentaron hacer oír ese ruido sordo, última amenaza de la tempestad que se aleja.

Pero estas voces quedaron oscurecidas por las universales aclamaciones.

— Vamos, dijo Lafayette; todo está ya concluido, y hé aqui que vuelve el buen tiempo.

Despues, al entrar, prosiguió:

— Pero para que no se vuelva á encapotar, es preciso hacer un último sacrificio.

— Sí, dijo el rey pensativo, abandonar á Versalles.

— Venir á París, sí, señor.

— Podeis anunciar al pueblo que á la una partiré á París con la reina y con mis hijos.

Y en seguida, dirigiéndose á la reina:

— Señora, dijo, tened á bien pasar á vuestras habitaciones para prepararos á partir.

Esta órden del rey pareció recordar á Charny algun importante acontecimiento que él habia olvidado.

Y se lanzó precipitadamente antes que la reina.

— ¿Qué vais á hacer en mis habitaciones? caballero, dijo la reina con aspereza; no creo tengais necesidad de ir á ellas.

— Os ruego me concedais permiso para ello, señora, dijo Charny; y estad segura de que si realmente no hace falta allí mi presencia, estaré el tiempo suficiente para que mi presencia no pueda incomodar á V. M.....

La reina le siguió; manchas de sangre cubrian el pavimento por todas partes, y María Antonieta cerró los ojos para no contemplar este espectáculo. Pero como tenia los ojos cerrados, tuvo que buscar un brazo que le sirviese de guía, y este brazo fué el de Charny.

Asi caminaron hasta que la reina sintió un estremecimiento en aquel brazo.

— ¿Qué hay; caballero? preguntó la reina abriendo los ojos.

En seguida prosiguió horrorizada.

— ¡Un cadáver! ¡un cadáver!

— V. M. me perdonará que la deje, pues he encontrado lo que venia á buscar aquí; el cadáver de mi hermano Jorge.

Era, en efecto, el del desventurado jóven á quien su hermano habia mandado dejarse matar por la reina.

Jorge habia cumplido fielmente la órden.

CAPITULO LIII.

Jorge de Charny.

La narracion de los acontecimientos que acabamos de enumerar se ha hecho ya de cien maneras distintas, pues es seguramente una de las mas interesantes de ese gran periodo que ocupó desde el año 1789 al 1795 y que han llamado revolucion francesa.

Aun se volverá á contar de otras cien maneras; pero aseguramos de nuevo, que nadie lo podrá hacer con mas imparcialidad que nosotros.

Pero despues de tantas narraciones, inclusa la nuestra, quedará aun mucho que hacer, pues la historia nunca puede completarse enteramente. Cien mil testigos oculares presentan las cosas de una manera diferente cada uno. Cien mil detalles diferentes presentan cada uno de por sí su interes y su poesía peculiar, por lo mismo que son diferentes.

Pero ¿de qué servirán todas esas descripciones históricas, por verídicas que sean? ¿Ha habido nunca, por ventura, una leccion política que aproveche á los hombres políticos?

Jamás las lágrimas y las sangrientas tradiciones han tenido el poder de la gota de agua que socava las piedras.

No, las reinas han llorado, los reyes han sido degolla-

dos, y esto sin que sus sucesores hayan nunca sacado provecho de las lecciones dadas por la fortuna.

Los hombres fieles y adictos han prodigado sus sacrificios, sin que hayan aprovechado á las personas á quienes la fatalidad habia destinado á la desgracia.

¡Ay! nosotros hemos visto á la reina tropezar casi con el cadáver de uno de esos hombres, que los reyes que desaparecen dejan en el sangriento camino que se han visto precisados á seguir en su caida.

Algunas horas despues del grito de horror que la reina no pudo contener, y en el momento en que con el rey y con sus hijos salia de Versalles, donde no debia volver á penetrar, pasaban en un pequeño patio interior, humedecido por las lluvias que el acre aliento del otoño empezaba á secar, los sucesos que vamos á referir.

Un hombre todo vestido de negro se hallaba inclinado ante un cadáver.

Otro hombre que llevaba el uniforme de los guardias, estaba arrodillado al lado opuesto.

A tres pasos de ellos, se mantenia de pie con las manos crispadas y los ojos fijos otro personage.

El muerto era un jóven de unos veinte y dos á veinte y tres años, cuya sangre parecia haberse escapado completamente por anchas y profundas heridas en el pecho y en la cabeza.

Su pecho, surcado de rastros sangrientos, presentaba un color blanco lívido, y parecia aun levantarse bajo la respiracion convulsiva y desdeñosa de una defensa sin esperanza.

Su boca entreabierta, su cabeza echada hácia atrás con una indefinible expresion de dolor y de cólera, traia á la imaginacion la bella imágen del pueblo romano.

« Y la vida se escapó en un prolongado gemido á la mansion de las sombras. »

El hombre vestido de negro era Gilberto.

El oficial que se hallaba de rodillas era el Conde.

El que se hallaba de pie era Billot.

El cadáver, era el del baron Jorge de Charny.